

# el antiguo testamento y sus problemas

A apartir del Concilio Vaticano II, la difusión de la Biblia en todo el mundo Católico es un hecho patente. Ediciones de lujo, de bolsillo, manuales, en fascículos, han contribuido a que numerosas familias posean el libro más importante para un cristiano. Sin embargo, si preguntamos a los católicos qué saben del Antiguo Testamento, qué libros les gustan más, qué utilidad les encuentran, es muy probable que la mayoría se vea en un aprieto. En definitiva, su conocimiento se limita a unas nociones elementales de "Historia Sagrada" aprendidas de pequeños. Recuerdan "la manzana" del paraíso, el diluvio universal, la torre de Babel; les resultan conocidos los nombres de Abraham, Moisés o David. Pero este barniz de cultura bíblica oculta un gran desconocimiento de la materia.

¿A qué se debe esta ignorancia del Antiguo Testamento? Hasta hace unos años, a que la Iglesia no fomentaba su lectura e incluso la desaconsejaba. Actualmente, este motivo no es válido. La Iglesia tiene interés en que lo conozcamos. Si no ocurre es por otras causas. Prescindo de una serie de factores marginales: el hecho de que los españoles leemos poco, el cansancio después de una jornada de trabajo, el atractivo de la televisión... pueden incidir en la escasa lectura de la Biblia. Pero las tres causas fundamentales son: 1) no estimamos ni valoramos el Antiguo Testamento; 2) nos resulta difícil entenderlo; 3) nos plantea numerosos problemas de orden científico, histórico y moral.

La primera causa, la más importante, no se puede resolver con un artículo; se trata de llevar a cabo una lenta campaña de mentalización (sin olvidar que la mayoría de los católicos españoles tampoco conoce el Nuevo Testamento). Espero que la serie de artículos que ahora comienzo ayuden a descubrir la riqueza cultural, humana y religiosa de estos libros.

La segunda causa (resulta difícil entender la Biblia) no debe extrañar a nadie. A medida que nos distanciamos de una obra literaria encontramos más problemas históricos, culturales y lingüísticos que se interponen entre ella y el lector. Muchas palabras del Mio Cid o del Quijote no las entienden ni siquiera españoles cultos del siglo XX; otras veces desconocemos el sentido de un refrán de Sancho, o nos falta un conocimiento exacto de la época, la cultura y la forma de vida. Si es difícil entender una obra escrita en España hace cinco u ocho siglos, no extraña que resulte difícil comprender unos libros redactados en Israel hace veinticinco o treinta.

Sin embargo, creo que lo que más aparta a muchas personas de la lectura del Antiguo Testamento son los problemas científicos, históricos y morales que estos libros les plantean. Breve y esquemáticamente intentaré dar unas pistas de solución. Quizá a algunos lectores las respuestas les provoquen nuevos interrogantes, más graves aún que los anteriores, a propósito del sentido y utilidad de las Sagradas Escrituras, la inspiración, la verdad revelada, etc. Ante ello sólo puedo pedir paciencia y un voto de confianza, esperando que las diversas cuestiones queden resueltas en futuros artículos.

## **1. El conflicto entre la Biblia y las Ciencias Naturales**

Hace pocos años emitió TVE una serie francesa de dibujos animados ("Erase una vez el hombre") sobre los orígenes y la evolución de la humanidad. A pesar de algunas afirmaciones sorprendentes se seguía con interés. Sin embargo, a algunos padres les escandalizó y preocupó el que sus hijos oyesen hablar del evolucionismo como algo normal. Por lo visto, incluso médicos, abogados e ingenieros siguen pensando todavía que Dios creó al hombre de barro, de acuerdo con el relato del Génesis.

Este conflicto entre la Biblia y las Ciencias Naturales surgió hace unos siglos, cuando el astrónomo italiano Galileo Galilei, al afirmar que la tierra gira en torno al sol, se opuso abiertamente al libro de Josué, que afirma lo contrario. Se trata de una batalla de los israelitas contra los amorreos, y el éxito está de parte de Israel. Pero la tarde avanza rápida, y la falta de luz puede hacer que se desperdicie la ocasión de derrotar definitivamente al adversario. "Entonces Josué habló al Señor y gritó en presencia de Israel: ¡Sol, quieto en Gabón! ¡Y tú, luna, en el valle de Cervera! Y el sol quedó quieto y la luna inmóvil, hasta que se vengó de los pueblos enemigos. Así consta en los Cantares de Gesta: "El sol se detuvo en medio del cielo y tardó un día entero en ponerse. Ni antes ni después ha habido un día como aquél, cuando el Señor obedeció la voz de un hombre, porque el Señor luchaba por Israel" (Josué, 10,12-14).

La consecuencia es lógica. Si el protagonista de la historia consigue que el sol se detenga en su carrera es porque éste gira en torno a la tierra. Afirmar lo contra-

rio es atentar contra la verdad de la Escritura. La retracción de Galileo puso fin momentáneamente a un problema que resurgió con toda fuerza el siglo pasado.

Darwin, con su teoría evolucionista, explica el origen de las especies de forma totalmente distinta e incluso opuesta a la de la Biblia. La idea de una creación del universo en siete días cae también por tierra de forma alarmante. La edad de nuestro planeta crece hasta lo inimaginable; mientras los testigos de Jehová, ateniéndose a los datos bíblicos, calculan la edad del universo en cinco o seis mil años, los astrónomos cifran la edad de nuestro planeta en unos cinco mil millones.

Ante esta serie de conflictos se pueden adoptar distintas posturas.

La primera consiste en desprestigiar a las ciencias, insistiendo en que una hipótesis científica no es una verdad indiscutible, que en caso de duda la palabra de Dios lleva la razón, etc. Es cierto que las ciencias tienen mucho camino que avanzar y que toda hipótesis está sometida a revisiones continuas. Pero de aquí no puede deducirse que la verdad de las ciencias modernas sea inferior a la "verdad científica" de la Biblia. Aunque Galileo se equivocase al pensar que el sol estaba quieto, no cabe duda de que su modelo del universo era más exacto que el del libro de Josué. La actitud de desprestigiar a las ciencias, defendida todavía por algunas mentes cerriles, carece de futuro.

La segunda postura consiste en negar el conflicto, en un deseo bienintencionado de conciliar ambas partes. Un detalle ayudará a comprender esto. Dentro de la teoría evolucionista la vida, en sus formas más elementales, surge en el mar. Los concordistas encuentran aquí una confirmación de la verdad de la Escritura, ya que según Génesis 1,20 los peces son creados antes que las aves, los reptiles y las fieras. Sin embargo, cualquier conocedor de la teoría evolucionista (incluso a niveles elementales y divulgativos) advierte la imposibilidad de compaginar esta hipótesis científica con el relato del Génesis. Y el procedimiento de negar el conflicto no sólo es absurdo, sino en ocasiones imposible (caso de Galileo, edad del universo, etc.) y peligroso (el afán de conciliar la Biblia y las ciencias ha llevado a Van Darnicken a acumular un sinfín de tonterías y a Werner Keller a empobrecer en muchos casos el mensaje teológico de la Escritura).

La tercera postura soluciona el conflicto recurriendo a la idea de la pedagogía divina. Cuando Dios habla al hombre se acomoda a sus conocimientos, le dice las cosas tal como puede entenderlas en ese momento. Y esto no significa que lo engañe. Si a un ginecólogo, que conoce perfectamente el ciclo de la vida desde que el espermatozoide fecunda al óvulo hasta el momento en que la mujer da a luz, su hijo de cuatro o cinco años le pregunta de dónde vienen los niños no puede darle una conferencia. Tendrá que pasar por alto incluso cosas fundamentales si desea

que se entere de algo. Lo mismo ocurre a Dios cuando hablaba a los hombres del Antiguo Testamento. Científicamente eran como niños y carecía de sentido hablarle con nuestras modernas ideas de evolucionismo, astronomía o bioquímica. Sin embargo, esta tercera actitud, que yo mismo he adoptado a veces, me parece actualmente insostenible. Considero absurdo decir que Dios habla al hombre de problemas científicos adaptándose a su mentalidad, y por eso le cuenta, por ejemplo, la creación del mundo en siete días y con ese orden. Ese modelo no es "revelación divina" sino "invención humana", inspirada, al menos parcialmente, en esquemas mesopotámicos.

Y esto nos lleva a la cuarta postura, única que me parece válida: analizar los textos bíblicos, compararlos con otros cuando es posible, para captar sus afirmaciones fundamentales. Así se advierte que la Biblia emplea modelos "científicos" opuestos e irreconciliables. Esto significa que lo esencial para ella no es la verdad "científica" sino una determinada visión del mundo, compatible con cualquier modelo científico moderno o futuro. La comparación de los dos relatos de la creación ayudará a entender esto. A propósito del origen del mundo y de la humanidad existen dos narraciones independientes, surgidas en ambientes y épocas muy distintas, aunque ahora se encuentran una a continuación de otra: la primera en Génesis 1,1-2,4a y la segunda en Génesis 2,4b-24. De ambas hemos oído hablar desde pequeños, pero sin caer en la cuenta de las grandes diferencias existentes entre ellas.

El primer relato parte de una situación originaria de caos y tiniebla, con todo invadido y dominado por el agua. Nos encontramos ante una cosmogonía *acuática*. En el espacio de seis días, mediante su Palabra y a través de un proceso de separación, Dios crea la luz (día 1º), el firmamento, separando las aguas superiores de las inferiores (2º), separa la tierra del mar y crea la hierba y los árboles frutales (3º), separa el día de la noche y crea el sol, la luna y las estrellas (4º), los animales marítimos y los pájaros (5º), los animales terrestres y el hombre y mujer (6º), descansando el séptimo día.

Antes de seguir advirtamos dos detalles curiosos: la existencia de la luz como realidad autónoma creada el día primero, independiente del sol, la luna y las estrellas, creados el día cuarto. Por otra parte, la existencia de vida vegetal antes de que sea creado el sol, cosa que hoy sabemos es absolutamente imposible. Estos detalles confirman el peligro y la imposibilidad de conciliar los antiguos modelos científicos con los nuestros.

El segundo relato nos sitúa en un mundo distinto. "Cuando el Señor Dios hizo tierra y cielo, no había aún matorrales en la tierra, no brotaba hierba en el campo, porque el Señor Dios no había enviado lluvia a la tierra, ni había hombre que cultivase el campo y sacase un manantial de la tierra para regar la superficie del campo" (Gen 2,4b-6). La solemnidad majestuosa del capítulo primero, con su per-

fecta monotonía, cede el puesto ahora a un relato cercano a la maravillosa ingenuidad de las miniaturas medievales. Nos encontramos ante una cosmogonía *terrestre*, y aunque se supone que el mar existe, ni siquiera se lo nombra. Al autor le llama más bien la atención la ausencia de agua. "porque el Señor Dios no había enviado lluvia a la tierra, ni había hombre que sacase un manantial". Y entonces, antes de crear ningún ser vivo vegetal o animal, Dios crea al varón (Adán). Luego planta un jardín, que encomienda a su custodia. Pero el hombre se siente solo, y Dios modela de arcilla las fieras y pájaros para que le sirvan de compañía. Sin embargo, ninguno de ellos se adecua al hombre por completo. Y entonces Dios crea a la mujer (Eva) a partir de una costilla de Adán. Cuando se la presenta, el hombre exclamó; ¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será Hembra porque la han sacado del Hombre. Por eso un hombre abandona padre y madre, se junta a su mujer y se hacen una sola carne" (Gen 2,23-24)

Las diferencias entre ambos relatos podemos resumirlas en los siguientes puntos.

a) El orden de la creación. Absolutamente irreconciliable. En Gen 1 se trata de vegetales, peces, pájaros, animales terrestres y la humanidad (hombre y mujer creados simultáneamente), mientras en Gen 2 encontramos Adán, vegetales, animales y pájaros, Eva.

b) Medio para crear. En Gn 1 Dios emplea exclusivamente su palabra. Basta que dé una orden para que el deseo se cumpla. En Gen 2 Dios aparece como un alfarero que moldea de arcilla a Adán, igual que a las fieras del campo y los pájaros del cielo; o como un artista que trabaja la costilla del hombre para sacar de ella a la mujer.

c) Fin del hombre. En Gen 1 se enfoca de modo grandioso: "Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los vivientes que reptan sobre la tierra" (1,28). Es todo un programa de futuro, abierto al progreso y la conquista de nuestro mundo como tarea encomendada por Dios. Gen 2 se concentra en límites más modestos; la función del hombre es "guardar y cultivar el jardín" plantado por Dios (2,15).

d) Relación hombre-mujer. En Gn 1, creados ambos al mismo tiempo, aparecen los dos como reflejo de la imagen de Dios. "Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó". Al autor del relato le interesa el sentido de la humanidad en el mundo; y no cree que el hombre esté por encima de la mujer: los dos aparecen como señores de la creación animada e inanimada porque los dos reflejan la imagen del Creador. En cambio, el autor de Gen 2 no se plantea el problema del dominio del hombre sobre la naturaleza sino la realidad sorprendente del matrimonio. ¿Por qué un hombre abandona a su padre y a su ma-

dre, a los que está unido por la sangre y la historia, y forma una familia nueva? ¿Es tan irresistible la atracción por la mujer? El relato parte del varón (Adán), pero no es machista. Aunque Eva aparezca formada de la costilla de Adán no se dice esto para expresar una posible inferioridad sino para simbolizar la profunda intimidad y compenetración entre ambos: "Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne (2,23). Y esta búsqueda de un ser con el que poder identificarse explica el orden tan distinto en que Gn 2 presenta la creación: ni el trabajo ni los otros seres animados llenan plenamente la existencia. El lector debe contemplar, como Adán, el paso de "todos los animales domésticos, los pájaros del cielo y las fieras salvajes". No como quien mira un espectáculo de circo o visita un parque zoológico, sino con el afán de encontrar un complemento que dé pleno sentido a su vida. La aparición de Eva después de todos los otros seres hace que su presencia resalte de modo admirable.

Esta rápida comparación entre dos relatos paralelos demuestra que a los autores bíblicos no les interesan primordialmente las afirmaciones científicas. Usan modelos de su tiempo, muy diversos entre sí, porque necesitan expresarse de algún modo. Pero no pretenden canonizarlos ni presentarlos como "palabra de Dios". Sus ideas básicas (misión y puesto del hombre en el mundo, relación entre el hombre y la mujer, etc.) son compatibles con cualquier teoría científica presente o futura que no niegue la existencia de Dios (por otra parte, no es misión de las ciencias afirmar ni negar dicha existencia). El que Dios haya creado al hombre sólo mediante su palabra, a partir del barro, o por evolución de unas especies inferiores no afecta al contenido esencial del mensaje bíblico. En este caso, como en tantos otros, deberíamos recordar las inteligentes palabras de un cardenal del siglo XVIII: "La Biblia no nos enseña cómo está hecho el cielo, sino cómo se va al cielo".

En definitiva, el conflicto entre la Biblia y las Ciencias Naturales no debería existir. Lo hemos creado nosotros con nuestra ignorancia y con la manía de presentar como revelación divina lo que era pura explicación humana.

## **2. Los problemas de la Historia**

Uno de los programas de TVE que mencioné al comienzo afirmó categóricamente que Nabucodonosor conquistó Nínive el año 612 a.C. Muy pocos españoles se extrañarían de oír esto, y seguirían pensando que los guionistas estaban bien informados. Sin embargo, el año 612 quien gobernaba en Babilonia e intervino en la caída de Nínive era Nabopolasar; su hijo Nabucodonosor sólo tomó el mando del ejército siete años más tarde, cuando luchó contra los egipcios en Karkemis.

Este ejemplo ayuda a comprender un hecho normal. Los autores bíblicos, igual que los actuales, cometen errores de tipo histórico. Confunden fechas, establecen

falsas relaciones de parentesco, esquematizan en exceso. El lector normal, igual que el televidente, no lo advierte; necesitaría ser un especialista.

Pero otros datos de tipo histórico sí los capta fácilmente y le desconciertan. La mayoría de ellos están relacionados con los primeros momentos de la existencia de Israel como pueblo, desde que sale de Egipto hasta su instalación en Palestina. Tales años están marcados por una serie de intervenciones milagrosas: plagas de Egipto, paso del Mar de las Cañas, milagros del maná y de las codornices, la roca que mana agua, paso del Jordán, derrumbamiento de las murallas de Jericó, etc.

De pequeños, estas narraciones nos gustan por su carácter heroico y maravilloso. Al pasar los años nos preguntamos qué habrá de realidad en todo ello. Porque Dios no actúa hoy de esa forma, no dirige la historia a base de milagros. Naturalmente, podría haberlo hecho de ese modo hace siglos. Pero resulta curioso que los milagros no estén repartidos de forma homogénea a lo largo de la historia de Israel; se concentran en el período del que antes hablábamos.

Este dato, a primera vista desconcertante, nos da la pista de solución. En cualquier país, los orígenes del pueblo (romanos, griegos, etc) se transmiten a través de cantares de gesta o grandes epopeyas. Basta pensar en la Ilíada, la Odisea, la Eneida, la Canción de Rolando, los Nibelungos. Algo común a estas obras es que no presentan los hechos con absoluta objetividad; tienden a engrandecerlos y exagerarlos. El protagonista es siempre el hombre más valiente que se haya conocido; los ejércitos impresionan por su número; las dificultades son enormes, pero se termina superándolas. Por otra parte, lo maravilloso tiene perfecta cabida en esta presentación de la historia. Rómulo y Remo, fundadores de Roma, son abandonados en la selva y amamantados por una loba. Aquiles sólo tiene un punto débil en todo el cuerpo: el talón. Los cristianos en la batalla de Clavijo cuentan con el apoyo del apóstol Santiago, que acude desde el cielo en su caballo blanco. En tiempos modernos, la epopeya del Far West es un ejemplo típico de esta clase de historiografía: Búfalo Bill mataba centenares de indios con un revólver de seis balas y el Séptimo de caballería está siempre dispuesto a venir en auxilio de las caravanas, como versión secularizada de nuestro patrono.

La literatura y la cinematografía épicas apasionan y conmueven; sin embargo, incluso el niño adopta una distancia crítica, distingue entre la realidad y la ficción. Los cristianos hemos sabido adoptar esta postura cuando se trataba de epopeyas "paganas". Al enfrentarnos con la Biblia nos han faltado dos cosas: sentido común y seriedad. Sentido común, porque nos hemos negado durante siglos a aplicarle los mismos criterios que a obras literarias semejantes. La Biblia también engrandece y exagera lo sucedido. Y a veces cuenta cosas que nunca ocurrieron, o que tuvieron lugar de forma muy distinta.

Pero, sobre todo, nos ha faltado seriedad. Como en el caso de los problemas científicos, nos hemos atenido a unos textos y silenciado otros. Dos ejemplos ayudarán a comprenderlo: el caso del maná y la guía divina por el desierto.

Exodo 16 habla del maná presentándolo como un milagro: el pueblo tiene hambre y Dios le promete "pan del cielo" (v.4). Un pan tan maravilloso que respeta el descanso sabático y no cae el séptimo día (v.26-27); tan sorprendente, que, aunque unos recojan más y otros menos, al medirlo "cada uno había recogido lo que podía comer" (v.17-18). No extraña que "este pan que el Señor da de comer" (v.16) deba conservarse para las generaciones futuras (v.32-34). Y es de esperar que los israelitas se sientan plenamente satisfechos con ese don divino que sabe "a galletas de miel" (v.31).

Sin embargo, en el libro de los Números 11,4-9 se conserva una tradición muy distinta. El pueblo añora la comida de Egipto y "se le quita el apetito de no ver más que maná". A continuación habla de este alimento de forma totalmente profana: es una especie de semilla que hay que moler y cocer, y que termina sabiendo a algo mucho más prosaico: pan de aceite. Esta tradición no presenta en ningún momento el maná como "pan del cielo" ni como algo milagroso.

Lo mismo ocurre con la guía divina por el desierto. Conducir a un pueblo con mujeres y niños por esta zona inhóspita no resulta nada fácil. Es preciso conocerla, calcular las etapas, hallar el sitio de reposo adecuado. Según Números 9,17-23, nada de esto era problema para Moisés y su grupo. Contaban con una nube milagrosa enviada por Dios para guiarlos. "Cuando se levantaba la nube sobre la tienda, los israelitas se ponían en marcha. Y donde se detenía la nube, acampaban. A la orden del Señor se ponían en marcha y a la orden del Señor acampaban (v.17-18). Con esta brújula tan privilegiada nos imaginamos a Moisés lleno de tranquilidad y confianza.

Pero al volver la página nos damos cuenta de que no es así. Muy poco más adelante, en Números 10,29-32, Moisés ruega a Jobab: "No nos dejes, porque conoces este desierto y los lugares donde acampar. Debes ser nuestro guía" (v.31). La nube se ha esfumado. Sólo queda el desierto, con todo su peligro, y un Moisés que lo desconoce y teme adentrarse en él.

Estos dos ejemplos bastan para advertir que la Biblia, junto a tradiciones épicas o milagrosas, conserva a veces una versión profana de los mismos hechos. Esta última es sin duda la más cercana a la realidad, desde el punto de vista histórico. ¿Por qué los catequistas y profesores de religión han insistido en la versión milagrosa? En muchos casos porque desconocían la otra. Esto supone una falta grave de seriedad y de preparación. Deseo dejar claro que la versión milagrosa no es simple cuento de niños; deforma la historia con vistas a transmitir un mensaje religio-



so y teológico, más o menos profundo según los casos. En este sentido, son relatos más difíciles de entender y exigen mayor experiencia humana y religiosa para sacarles partido. Lo fácil es quedarse en la anécdota, en "la batallita" o "el milagrito", presentando estas ficciones como palabra de Dios con valor histórico absoluto. Es un peligro que debemos evitar a toda costa.

### 3. Los problemas morales

El tercer tipo de dificultades que plantea el Antiguo Testamento a un lector moderno es de orden moral. El escándalo que pueden provocar muchos relatos hizo escribir a Harnack que "conservar el Antiguo Testamento dentro del protestantismo como un documento canónico es efecto de una parálisis religiosa y eclesiástica". Y años más tarde, el ideólogo nazi del antisemitismo, Rosenberg, para justificar en parte su campaña, afirmaba que el Antiguo Testamento no es más que un "amasijo vergonzoso de historias de proxenetas y de sinvergüenzas".

Aunque estas afirmaciones de Harnack y Rosenberg sean exageradas y absurdas, no cabe duda de que la Biblia plantea numerosos problemas de este tipo, que podemos resumir en los siguientes apartados:

— Narraciones escandalosas, incluso a propósito de los personajes más famosos: Abraham miente (Gn 12,10-12); Jacob roba a su hermano la primogenitura engañando a su padre (Gn 27) y más tarde engaña a su tío, Labán (Gn 30,25-43); Jael asesina a Sísara después de acogerlo en su tienda (Jue 4,17-22); Jefté mata a su hija como consecuencia de un voto (Jue 11); David es cruel y mentiroso (1 Sam 27,7-11), al mismo tiempo que se muestra terriblemente débil con sus hijos; Amnón comete incesto con su hermana Tamar, etc.

— Oraciones que reflejan odio o espíritu de venganza: desde la famosa imprecación del Salmo 137 ("Capital de Babilonia, criminal, quién pudiera pagarte los males que nos has hecho, quién pudiera agarrar y estrellar tus niños contra las piedras") hasta lo que pide el profeta Jeremías para sus enemigos: "Entrega sus hijos al hambre, ponlos a merced de la espada, queden sus mujeres viudas y sin hijos, mueran sus hombres asesinados y los mozos a filo de espada en combate" (Jer 18,21).

— Blasfemias. Naturalmente no abundan este tipo de expresiones, pero el libro de Job ofrece un muestrario inimaginable. Frente a la falsa idea de que Job es el justo paciente, el protagonista aparece en ocasiones como el hombre rebelde, que no acepta su destino ni el de todos los hombres que sufren en el mundo, acusando a Dios de ello. Un solo ejemplo puede aclararlo. Ante una catástrofe, en cualquier país que se produzca, el mundo reacciona solidariamente, enviando su ayuda. Da

lo mismo que el terremoto ocurra en Yugoslavia, Sicilia, Bolivia, Guatemala o Argelia. Por encima de las ideologías está el sufrimiento del prójimo. Pero, según Job, hay alguien que se exime de esta solidaridad en el sufrimiento: el mismo Dios, quien aprovecha la ocasión para burlarse: "Si una calamidad siembra muerte repentina, él se burla de la desgracia del inocente" (9,23).

— Mandatos y prácticas inmorales. En este grupo, el caso más llamativo lo constituye el de la "guerra santa". La legislación sobre la misma se conserva en el libro del Deuteronomio, y distingue dos casos, según que la guerra se dirija contra un pueblo cercano o lejano. Si se trata de una ciudad remota, ante todo debe hacerse una propuesta de paz; si los habitantes la aceptan, servirán a Israel en trabajos forzados; si la rechazan, "le pondrás sitio, y cuando el Señor la entregue en tu poder pasarás a cuchillo a todos sus varones. Las mujeres, los niños, el ganado y los demás bienes de la ciudad los tomarás como botín" (Dt 20,13s). Pero si se trata de una ciudad cercana, las condiciones son aún más duras; con su religión pagana, idólatra, constituye un peligro para la fe de Israel, y hay que eliminarlo por completo: "en las ciudades de estos pueblos cuya tierra te da el Señor en heredad no dejarás un alma viviente" (Dt 20,16). Ni las mujeres ni los niños quedan libres de la muerte en este caso. Y como contraste profundo -no sé si fruto de la ingenuidad o del cinismo- las leyes de la guerra terminan con esta advertencia: "Si tienes que sitiarse largo tiempo una ciudad antes de tomarla al asalto, no destruyas su arbolado a hachazos, porque podrás comer sus frutos; no los tales, porque los árboles no son hombres para que los trates como a los sitiados" (Dt 20,19). La frase, que no precisa comentario, podría utilizarla Reagan como justificación bíblica de la bomba de neutrones. Y lo grave del caso es que todo eso aparece como ordenado por Dios, palabra suya que el hombre debe cumplir para serle fiel. Y, de este modo, se alaba a Josué y a tantos otros personajes bíblicos porque fueron sembrando de sangre los campos de Israel.

¿Qué actitud adoptar ante estos problemas? Antes de sugerir soluciones concretas, conviene tener presente que el Antiguo Testamento no se reduce a esta serie de ejemplos escandalosos. Lo que en él predomina no es la inmoralidad sino la moralidad. Hay un sentido ético impresionante, sobre todo en los profetas, que se juegan la vida por defender a los pobres y oprimidos. Frente a unas leyes que nos resultan desconcertantes o injustas existen otras muchas que hablan de amor incluso a los enemigos, de comprensión, ayuda mutua, fraternidad, etc. Frente a relatos inmorales hay muchos más que hablan de sacrificio, entrega al prójimo, espíritu de perdón. Esto es lo que predomina realmente si tomamos el Antiguo Testamento en su conjunto. En este sentido citaré dos ejemplos concretos.

El primero se refiere a una guerra civil que tuvo lugar entre las tribus de Israel poco después de ocupar Palestina. No me detengo en las causas (se encuentran en Jueces 19); basta saber que once tribus se reúnen para luchar contra una sola, la

de Benjamín. Los benjaminitas, famosos por su valor, consiguen vencer en el primer enfrentamiento. Entonces, las once tribus se reúnen ante Dios, llorando por haber perdido la batalla. El día siguiente trae una nueva victoria de los benjaministas, y las tribus vuelven a congregarse para llorar la segunda derrota. Pero en la tercera ocasión, gracias a una hábil estratagema, las once tribus vencen finalmente a los soldados de Benjamín. Y entonces ocurre algo sorprendente. Los vencedores acuden por tercera vez al santuario; pero no van alegres, no organizan un desfile de la victoria con banderas y canciones. Acuden a Dios "llorando inconsolables" porque ha desaparecido una tribu de Israel (Jueces 21,2-3). Este sentimiento fraterno, esta convicción de que toda guerra civil es una lucha entre hermanos, de que la victoria no es motivo de alegría sino de dolor, tiene mucho que enseñar a los hombres de nuestro siglo.

El segundo ejemplo, tomado del libro de Job, refleja el ideal de vida de un verdadero israelita. El texto (c.31) es demasiado largo para copiarlo íntegro. Entresaco algunas de las convicciones que expresa el protagonista. Al estilo de las confesiones de inocencia de los egipcios, enumera una serie de conductas reprobables; aún hoy pueden servir a muchos de examen de conciencia:

"Si me dejé seducir por una mujer  
y aceché a la puerta del vecino (...)  
si denegué su derecho al esclavo o a la esclava  
cuando pleiteaban conmigo (...)  
si negué al pobre lo que deseaba  
o dejé consumirse en llanto a la viuda;  
si comí el pan yo solo  
sin repartirlo con el huérfano (...)  
si vi al pobre o al vagabundo  
sin ropa con que cubrirse  
y no me dieron las gracias sus carnes  
cubiertas con el vellón de mis ovejas;  
si alcé la mano contra el huérfano  
cuando yo contaba con el apoyo del tribunal (...)  
Lo juro: no puse en el oro mi confianza  
ni llamé al metal precioso mi seguridad (...)  
no me alegré con la desgracia de mi enemigo  
ni fue su mal mi alborozo,  
ni dejé que mi boca pecara  
echándole una maldición".

Sin embargo, hemos de reconocer que estas grandes conquistas éticas no eliminan los problemas precedentes. Para intentar solucionarlos sugiero los siguientes principios de interpretación.

a) El Antiguo Testamento tiene un aspecto profundamente humano. Es palabra de Dios (este complejo tema lo trataré en un próximo artículo), pero está escrito por hombres y cuenta la vida de personas concretas con sus virtudes y defectos. El Antiguo Testamento no se avergüenza de presentar los hechos tal como sucedieron, aunque sean desagradables y crueles. Para él no vale lo que decía Cervantes de "La Celestina": "Obra a la verdad divina si encubriera más lo humano". El AT es divino precisamente porque no encubre lo humano. Y esto revela algo muy importante: que Dios acepta al hombre como es; no ama a seres ideales sino a personas reales, con sus pecados, deseos de venganza, injusticias, blasfemias.... Leyendo el AT adquiere un relieve especial la afirmación de Pablo: "Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores; así demuestra Dios el amor que nos tiene" (Romanos 5,8).

b) El Antiguo Testamento es una obra histórica. No se escribió en poco tiempo, sino a lo largo de doce siglos. A veces refleja costumbres muy antiguas, bastante bárbaras, que se fueron superando con el paso del tiempo. Por ejemplo, la práctica del "anatema" (destrucción total) en la guerra santa desapareció muy pronto (e incluso podemos estar seguros de que nunca se llevó a cabo de esa manera tan escandalosa como la presenta el libro de Josué). En este sentido, como muestra de una sensibilidad ética creciente, es curioso que el segundo libro de los Reyes presenta la revolución de Jehú y la matanza posterior como algo querido por Dios (2 Re 9-10); sin embargo, un siglo más tarde, el profeta Oseas condenará enérgicamente en nombre del mismo Dios aquel derramamiento de sangre que tuvo lugar en la llanura de Jezrael (Os 1,4).

c) A veces no entendemos rectamente el modo de expresarse de la Biblia y nos escandalizamos sin motivo, o con menos del debido. Un ejemplo famoso es el de la "ley del talión", que muchos consideran la canonización de la venganza: "ojo por ojo y diente por diente". Sin embargo, el sentido auténtico de la ley (que no es exclusiva de Israel, sino común con otros pueblos antiguos) es evitar que la venganza vaya más allá de lo debido. Para comprender esta norma hay que recordar el brutal canto de Lamec (Génesis 4, 23-24):

"Por un cardenal mataré a un hombre,  
a un joven por una cicatriz.  
Si la venganza de Caín valía por siete,  
la de Lamec valdrá por setenta y siete"

Esta desproporción entre el cardenal o cicatriz y la muerte es lo que intenta eliminar la ley. La venganza no puede ir más allá de la ofensa: "ojo por ojo y diente por diente". Es posible que, incluso con esta interpretación, algunos se sientan escandalizados. En este caso deberíamos recordar que nuestra justicia condena con varios años de cárcel incluso robos relativamente pequeños. El que se escandalice

de las normas del AT debe reconocer que los cristianos no hemos mejorado mucho con respecto a él.

Otro ejemplo patente de esta hipocresía con que a veces enjuiciamos las normas y costumbres antiguas lo tenemos en la citada ley del anatema. Sin intentar defenderla lo más mínimo hay que decir algo en su favor: pretende impedir que la guerra se convierta en medio de enriquecimiento. Al deber aniquilarlo todo, la campaña militar no repercute en beneficio de la tropa ni del pueblo: no aumenta el número de esclavos, no se apodera del ganado ni los tesoros. La "guerra santa" se convierte así en la salida última, inevitable, ante una situación extrema. Nunca podrá ser la tapadera de un afán de dominio o de las ventajas económicas de una minoría.

d) No podemos interpretar como "palabra de Dios" lo que es palabra de los hombres. Por ejemplo, los deseos de venganza de Jeremías o del Salmo 137, o las blasfemias de Job. En este sentido, la liturgia ha hecho un pésimo servicio al pueblo cristiano habituándolo a repetir mecánicamente después de cada pasaje bíblico: "palabra de Dios". En este tema hay que hilar muy fino. De lo contrario, con nuestras presentaciones simplistas y nuestra ignorancia redomada, podemos incu-

**PROYECCION quiere aumentar el círculo de sus lectores.**

**¡Seguro que Ud. conoce personas a quienes podría interesar nuestra revista!**

**¿Podría facilitarnos los nombres y dirección de algunas de ellas?**

NOMBRE .....

Calle ..... Ciudad .....

NOMBRE .....

Calle ..... Ciudad .....

NOMBRE .....

Calle ..... Ciudad .....

rrir en el mismo pecado que San Pablo denunciaba a los judíos: "Por vuestra culpa maldicen los paganos el nombre de Dios" (Romanos 2,24).

e) Pero el principio más importante es que la moral del AT es imperfecta. La revelación definitiva de Dios nos llega a través de Jesús. Y él mismo se vio obligado a distinguir claramente entre las normas enseñadas a las generaciones precedentes y la moral nueva, típica del cristiano. Las siete antítesis consignadas por Mateo ("oísteis que se dijo a vuestros mayores... pero yo os digo"; ver Mt 5,21-48) lo confirman. Por eso, el AT no debe ser norma absoluta de conducta para el cristiano, ni tampoco motivo de escándalo. En todo caso, motivo para escandalizarnos de nosotros mismos, viendo lo poco que hemos avanzado a pesar del mensaje y el ejemplo de Jesús.

Como indiqué al principio, es posible que estas páginas hayan provocado más problemas de los que resuelve. Y, al insistir en los conflictos que plantea el AT al hombre de hoy, puedo haber dado una visión muy negativa de estos libros. Sin embargo, creo que es preferible abordar el tema con toda honradez desde el principio. Una vez roturado el campo será posible plantar algo nuevo.

**José L. Sicre**